

cipales características la de exceder en mucho el plano puramente provincial para convertirse en uno de los intentos más sólidos y orgánicos de la nueva poesía escrito en España. En la antología, Costa Ferrandis y Muñoz Bastide han seleccionado cinco autores (Miguel Mas, José Luis Falcó, Miguel Romaguera, Miguel Hernández y Juan José Romero Cortés), cuyas fechas de nacimiento van desde 1952 a 1957, lo cual habla a las claras de su juventud. Sin embargo, en todos se advierte un inusual grado de madurez expresiva que huye de lo meramente anecdótico en busca de una mayor precisión verbal. Rescate de instantes, flashes de la memoria, certidumbres metafísicas, sirven de común denominador a un grupo de poetas que, pese a sostener un cierto tono unitario, han sabido evitar las múltiples influencias recíprocas para lograr conformar cada uno de sus integrantes una voz propia y personal.

Al referirse a José Luis Falcó y Miguel Romaguera, los antólogos subrayan: «La depuración de la anécdota da lugar a un espacio poético totalmente metafórico, de estética "bella", breve y exacta, resultado de la segunda de las influencias importantes (la primera era la generación del 60: Brines, Gil de Biedma, etc.): Juan Ramón, Ungaretti, los poetas del 27, por vía directa o a través de los *novísimos*, de quienes rechazan, sin embargo, su aparente frialdad».

De Miguel Herráez y J. R. Cortés, por su parte, dicen: «Participan como los anteriores del rechazo a la anécdota vital como objeto del poema, pero no van a construir un espacio metafórico que traduzca las sensaciones temporales que experimenta el poeta. Para ellos será objeto del poema la reflexión sobre la esencia y utilidad de la literatura y el lenguaje, distanciando enormemente su yo personal del poema en lo referente a la emotividad, efecto buscado conscientemente dentro de la poesía española de posguerra».

El resultado—donde no hay que olvidar tampoco el aporte neorromántico de Miguel Mas—es un volumen que llama la atención sobre cinco creadores cuyas obras futuras encierran no ya una expectativa, sino la seguridad de nuevos trabajos de real solidez.—H. S.

ODISEO ELITIS: *Cincuenta poemas*. Ed. Museo de Ciudad Real, Colección literaria «Haciendo la vía del Calatraveño», Ciudad Real, 1979.

Cuando en octubre del año anterior llegó de Estocolmo la noticia de que el Premio Nobel de Literatura le había sido otorgado al griego Odiseo Elitis, muy pocos pudieron hablar con algún conocimiento del

poeta. Salvo algún trabajo suelto, en España sólo la colección de trabajos publicados en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 241, podía dar una visión siquiera aproximada a su obra. Ahora esta selección de medio centenar de textos en traducción de Luis de Cañigral y Dimitri Papageorgiou brinda una muestra que permite un panorama más amplio de Elitis.

El reciente Nobel ha realizado una obra densa, pero reducida. Sus títulos, en su mayoría simples plaquetas, se inician con *Orientaciones* en 1936, para continuar al año siguiente con *La clepsidra de lo desconocido* y *Las esporas* en 1938.

En 1945, y como fruto de su actividad en el frente albanio durante la guerra, publicó su *Canto heroico y fúnebre por el subteniente caído en Albania*, en donde, a pesar de la evidente influencia del *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*, cuyo autor había traducido por esos años, Elitis consigue que su voz tenga la suficiente fuerza como para imponerse a la sombra de García Lorca, logrando un poema desgarrado y personal: «Allí donde al principio moraba el sol. / Y con los ojos de una virgen se abría el tiempo / Mientras nevaba el viento por las sacudidas del almedro / Y subían por las cimas de las hierbas los caballeros / Allí donde golpeaba la sandalia de un plátano esbelto / Y una bandera en lo alto ondeaba tierra y agua / Donde nunca un arma al hombro había pesado / Sino toda la fatiga del cielo / Todo el mundo brillaba como una gota de agua / Al amanecer, a los pies del monte. / Ahora, como un suspiro de Dios una sombra se agranda. / Ahora la agonía curvada con manos huesudas / Coge y agosta una a una sobre sí las flores».

Después de un silencio de varios años, Elitis publicó *Dignun est* en 1959 (del cual también se ha seleccionado un fragmento) y *Seis y un remordimiento para el cielo*, que luego sería musicado por Theodorakis.

De estos cincuenta poemas se puede extraer una tendencia marcada a descripciones paisajísticas signadas por la sutileza y la metáfora no demasiado compleja; una constante enumeración y una serie de saltos provocados por una libre asociación de cuño netamente surrealista que se traduce en imágenes brillantes sobre las cuales, como un común denominador, se advierte la preocupación constante por el paso del tiempo.—H. S.

VARIOS AUTORES: *Interpretaciones y claves de «Adán Buenosayres»*, de Leopoldo Marechal. Acali Editorial. Montevideo, Uruguay, 1979.

Cuando en 1948 la editorial Sudamericana publicó *Adán Buenos Ayres*, un silencio casi unánime fue la respuesta crítica a la novela que treinta años después sería considerada como uno de los monumentos narrativos más importantes producidos en América Latina en lo que va del siglo. Su afiliación política al peronismo le valió a su autor, Leopoldo Marechal, el desdén de sus antiguos camaradas generacionales, así como el repudio de los nuevos escritores. Paradójicamente, el liberalismo argentino, ideología mayoritaria entre los intelectuales de entonces, no aceptaba la disensión. Incluso desde las páginas de la elitista revista *Sur*, que bajo la dirección de Victoria Ocampo dictaba normas en las modas y, por tanto, en los gustos literarios argentinos, el poeta Eduardo González Lanuza publicó un feroz brulote contra *Adán*, donde tras compararlo con los *grafittis* de los baños públicos se extrañaba de que la censura no hubiera impedido que los lectores tuvieran acceso a tales muestras de mal gusto como las que, según su opinión, contenía el libro.

Pero como ha ocurrido a lo largo de toda la historia, es imposible detener la consagración de las obras cuando encierran una calidad excepcional, y hacia 1965, primero en la Argentina y luego los del resto de Latinoamérica, comenzaron a revalorizar una obra que a lo largo de esos años sólo muy pocos habían advertido como una de las grandes novelas del continente.

El escritor uruguayo Wáshington Benavídez se ha encargado de reunir en este volumen algunos de los trabajos más importantes que se han escrito sobre *Adán*, incluyendo el artículo que Julio Cortázar publicó en la revista *Realidad* de Buenos Aires en marzo de 1949 y que constituyó la excepción a la regla de silencio o desdén. Allí Cortázar afirmó que lo que Marechal había logrado era «la aportación idiomática más importante que conozcan nuestras letras desde los experimentos (¡tan en otra dimensión y otra ambición!) de su tocayo cordobés» (se refería, claro está, a Leopoldo Lugones).

El volumen recoge un artículo de Adolfo Prieto, «Los dos mundos de *Adán Buenosayres*»; una aproximación crítica de Graciela de Sola, un índice episódico y temático del libro realizado por Wáshington Benavídez y un texto imprescindible para una mejor comprensión de la novela en cuestión: «Las claves de *Adán Buenosayres*», del propio Leopoldo Marechal.

Muerto en 1970, cuando acababa de publicar *Megafón*, suerte de continuación de aquella obra de 1948, el nombre de Marechal continúa

siendo uno de los menos conocidos de los autores de la primera línea latinoamericana. Este libro tal vez sirva para hacer que nuevos públicos se interesen en este texto, cuya magnitud habrá de crecer en la medida en que crezca el número de lectores capaces de encontrar nuevos matices y perspectivas desde las cuales abordarlo.—H. S.

ADOLFO NAVAS: *Con la violencia de las horas*. Ed. del autor. Madrid, 1979.

La poesía—entre otras muchas cosas—es una forma de recuperación, de aniquilamiento del olvido, una manera de que la memoria no se desvanezca. En este libro, Adolfo Navas, integrante del grupo impulsor de la revista *Nos queda la palabra*, utiliza la poesía en este sentido, y también en el otro de retratar, de homenajear a un persona, en este caso a su madre.

Con la violencia de las horas no es un alegato ante la muerte—siempre absurda, siempre inexplicable—de un ser querido, es una crónica de la desolación que produce la ausencia, de la impotencia ante el fin de una vida.

Adolfo Navas recurre a una poesía parca, nada grandilocuente; comprende que la retórica es un peligro y ha sabido huir de ella. Describe los momentos finales con sencillez, de manera contenida, pudorosa: «Poco a poco—escribe—te ibas marchando sin decir apenas nada, conversando a solas con la muerte, para no asustarnos. Poco a poco te ibas despidiendo desde la cama, hablando con las manos, diciendo adiós con los ojos ibas juntando tu muerte con la nuestra, derramando temblores a los tubos de oxígeno, a los corazones en deuda detrás de los cristales. En aquella sala ardían el sueño y la esperanza. Una madrugada cansada y dormida te fuiste, dos niños asían tu última mirada en los pasillos, reunían el aire y los minutos, espantaban las sombras con las lágrimas de tu regazo, perdido para siempre entre la lluvia de febrero».

Más adelante retrata: «Eras pequeña y callada como una tarde en otoño / amabas las tierras de Segovia, los niños y la lluvia / y cuando teníamos alegría crecías para adentro.» Y si pregunta: «Qué hacer con toda esta melancolía, / con todo este temblor de manos casi yertas, / cuando todo el mundo sigue según dicen / y el olvido no combate nunca a mi tristeza.» O recurre a la sencillez más escueta para interrogarse: «¿Podrás mirarnos un momento ahora? / ¿Vernos cenar con tu silencio / repartir la vida que dejaste / sobre los platos / juntar los trozos

de tu amor?» Finalmente, en el último poema define en una sola línea la esencia de todo el libro, un verso que sintetiza el libro y señala el rigor poético de Navas: «Busco tu rostro en lo invisible.» Un cierto tono que recuerda lo mejor de Ungaretti.

El intento—debido a lo recurrido del tema—corría todos los riesgos de caer en la mera reiteración o, lo que es peor, en la trivialidad; sin embargo, Navas, al superar una valla de esta magnitud, pone de relieve su capacidad poética, su promisorio manejo de la palabra despojada de adornos estériles.—H. S.

LAURA OREGGIONI DE INFANTOZZI y JORGE ARBELECHE:

Los más jóvenes poetas. Ed. Arca. Colección Bolsilibros Arca, Montevideo, Uruguay.

Parte de la más reciente promoción poética uruguaya (dieciocho autores menores de treinta años, la mayoría con un único libro publicado) han sido seleccionados en una muestra que intenta señalar los caminos por los que se ha orientado la poesía de ese país sudamericano entre los autores posteriores a los grupos aparecidos en la década del sesenta.

«Recobrar la palabra, redescubrir su misión transmisora y transformadora del mundo, reencontrar en ella aspectos olvidados de la realidad y que sólo mediante un uso cada vez más sutil del lenguaje como vehículo de cultura que acerca el pasado al presente y lo proyecta al futuro parece ser la actitud común—consciente o subconscientemente ejercida—de esta nueva generación de poetas. Porque ya sea en una ruptura desafiante de los esquemas habituales de la lengua, ya en una delicadísima enmienda de ciertas desprolijidades expresivas de los que les precedieron, todos ellos se ven abocados a una tarea de ejemplar responsabilidad y seriedad frente a la creación poética», afirman los antólogos en el prólogo.

Los autores elegidos son: Ramón Carlos Abim («*A veces / la muerte sopla en mi cuello / pequeñas oraciones*»), Guillermo Chaparro, Helena Corbellini, Rafael Courtoise («*Dios no duerme la siesta / silba un tango / por las calles despacio y tiene miedo*»), Víctor Cunha, a quien se advierte visiblemente influido por Juan Gelman («*No quieras huir sería imposible. Las mujeres son como manzanas nacidas de un peral y una vez que deciden hacerte un lugarcito en sus recuerdos estás perdido. Por eso las mujeres cuando siempre recrean el pasado / te dejan ese gusto de manzanas en la piel*»); Alfredo Fressia («*En el vacío de este*

cuarto y de Beethoven / la muerte mueve el ajedrez de cada una de mis vértebras y puedo enredarme las venas este día hasta invertir el curso de mi sangre. Puedo oír la callada sinfonía de mi cuerpo / entonando el regreso hasta su ausencia. / Puedo morir un domingo por la tarde / siete días detrás de mi esqueleto», Juan Manuel García Rey, Hugo Giovannetti Viola («Cuando me pongo tu antifaz dorado / allí en la oscuridad / lo que queda de nuestro es una carne / bárbaramente dulce / humeando como llanto»), Alfredo Lasnier («Y te vi como mirar un manzano / como si horizontal sobre la tierra / me cubriera tu sombra / y sentí los frotos de tus bojas / y el crujir del tronco»), Jorge Liberatti («a qué no queda un amor / un valle amarillo de amor / un índigo y rutilante y último / ángulo donde el amor / acorralado y lánguido / apenas es una chispa vacilante / una vaga luz que ya no alumbr»), Maeve López, Juan Carlos Macedo («Silencio son las palabras / que el poeta no calla»), Alejandro Michelena, Eduardo Millán («Entraste / no hubo combate / rompiste el silencio de mi cuerpo / lavado en la costumbre / segura de tus sonidos / como los anuncios de una buena iglesia»), Roger Mirza y Ricardo Scagliola.

En casi todos los seleccionados aún se advierten titubeos, falta de madurez expresiva y un cierto temor a indagar nuevos caminos. De cualquier modo, existen aciertos que hacen pensar en la perduración de algunas voces cuando superen las primeras crisis de crecimiento poético. H. S.

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR: *Introducción a José Martí*.
Ed. Casa de las Américas. La Habana, Cuba, 1979.

La notable actividad poética del cubano Roberto Fernández Retamar (director desde hace veinte años de la revista *Casa de las Américas*, autor entre otros libros de *Poesía reunida*, *Sí a la revolución*, *Circunstancias de poesía*) ha ocultado en parte su tarea como ensayista agudo y original. Esta *Introducción* sobre un tema que a partir de 1959 ha merecido numerosos trabajos, varios de ellos de singular relieve, vuelve a poner de manifiesto la aptitud esclarecedora de Fernández Retamar, su erudición y su capacidad para encontrar aquellos puntos que aún no han sido suficientemente analizados de los temas que aborda. En este caso la tarea no era fácil, porque la personalidad de José Martí ha sido acribillada desde diferentes perspectivas. Sin embargo, su libro—que reúne artículos publicados en distintas revistas—focaliza con precisión el ar-